

Abadía de Echourgnac, a finales de agosto de 2020

A principios de marzo, 2 hermanas tuvieron que viajar y probablemente trajeron el virus en su equipaje... En los días siguientes aparecieron síntomas en varias Hermanas (pérdida del gusto y del olfato). Pedimos hacerles test. De las 9 hermanas, 7 dieron positivo. Tuvimos que tomar medidas estrictas de confinamiento porque, para los servicios de salud, toda la comunidad estaba infectada por el virus. Por lo tanto, advertimos a nuestros empleados que se quedaran en sus casas, algunos trabajando a distancia. Cerramos también la hospedería.

Las "actividades", las idas y venidas, el ruido de las máquinas y de los coches desaparecieron de golpe y el monasterio quedó sumergido en el silencio. Fue una experiencia saludable; la naturaleza reclamó sus derechos con el canto de los pájaros y el aire puro.

En el Capítulo leímos la carta de Dom Mauro sobre la pandemia: "Deteneos, sabed que yo soy Dios". Esta frase realmente nos impactó. Ciertamente queríamos detenernos para prestar más atención a Dios, pero el ritmo nos arrastraba cada día y durante años; ese mismo ritmo aún más fuerte en el mundo exterior, que llegó a traspasar nuestros muros.

Durante varias semanas (antes de hacernos los test y estar confinadas) recuperamos un ritmo y un estilo de vida más sencillo y que siempre habíamos deseado. Disfrutamos de un ambiente fraterno por medio de un servicio mutuo renovado: retomamos la cocina, la fabricación del pan, todo un equipo trabajó en la huerta, pusimos un macizo de flores delante del refectorio... Todo este trabajo en común realizado con calma y libertad nos infundió vigor y alegría.

Dimos gracias por el don de vivir en una hermosa naturaleza, con espacios amplios: ocupamos una parte de la hospedería, frecuentamos el oratorio donde podíamos rezar ante el Santísimo Sacramento. Reflexionamos juntas sobre estos acontecimientos a nivel mundial...

Sin embargo, estos días también tuvieron sus asperezas. Percibimos un poco de inquietud en las hermanas afectadas por el confinamiento estricto impuesto a algunas de ellas; la experiencia de una intensa vida común se convirtió en una vida muy individual y el servicio mutuo se hizo más pesado.

Nuestro capellán fue hospitalizado unos días antes de la Semana Santa y luego estuvo en cuarentena. Por ello no pudimos tener oficios litúrgicos durante este tiempo. Como todos los cristianos, estábamos agradecidas de poder seguirlos en la cadena KTO, pero no todas estaban contentas con eso. Tuvimos que aceptar no estar completamente unánimes en nuestras formas de vivir este tiempo. En Pascua celebramos la Vigilia entre nosotras, sin sacerdote y sin Eucaristía, pero con un nuevo fervor.

Hasta el día de hoy, podemos decir que el virus nos deja bastante tranquilas. Una hermana con asma está más cansada y acude a un neumólogo porque el Covid le ha causado pleuresía. Durante el mes de julio, nuestro médico nos impuso a todas el test serológico. Resultado: 6 hermanas positivas que tuvieron que rodearse de precauciones, retomar los test hasta que el laboratorio nos informó el 24 de agosto que finalmente todas dieron resultado negativo. Pero el virus malo puede volver y hay que aprender a vivir con él, nos dice el médico.

Por tanto, este período tuvo sus efectos buenos y malos. Pudimos experimentar nuestra pequeñez, nuestra debilidad como criaturas y así ponernos en el lugar que nos corresponde ante Dios.

Pudimos iniciar pequeñas cosas que van en la dirección de la ecología integral y que tendrán un sentido y un futuro. Lo principal para nosotras es iniciar una conversión.

Nos sentimos realmente conectadas con el mundo, con las poblaciones que atravesaban y aún atraviesan las mismas pruebas. Las llevamos en nuestra oración de un modo más responsable.